

MADO MARTÍNEZ

LA  
SANTA

XIX PREMIO DE NOVELA  
ATENEJOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Miguel Cruz Giráldez, Ramón Pernas, María A. Prior Venegas, Miguel Ángel Matellanes y Luis del Val. La novela *La Santa*, de Mado Martínez, resultó ganadora del XIX Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Primera edición: 2014

© Mado Martínez, 2014  
© Algaida Editores, 2014  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: REGA  
ISBN: 978-84-9067-123-8  
Depósito legal: SE. 1528-2014  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

El corazón helado . . . . .	13
Secretos y sombras . . . . .	17
Toque de Estrellas . . . . .	19
Mi mejor amiga . . . . .	25
El castigo . . . . .	32
Casa Julián . . . . .	37
El dedo de la muerte . . . . .	49
Isabel y el agua . . . . .	55
La dama de nieve . . . . .	79
Las hijas del frío . . . . .	89
Una visita en mitad de la noche . . . . .	92
El mirador de la Reina . . . . .	102
Otra vuelta de tuerca . . . . .	104
El adiós de las muñecas . . . . .	116
Diario de una joven . . . . .	126
Miedo . . . . .	130
La Patética . . . . .	137
La reunión . . . . .	141
Luisa sin despedida . . . . .	154
La partida de los solitarios . . . . .	162
Sopor en el aula . . . . .	167
La biblioteca . . . . .	175
El lago de los Tristes . . . . .	179

El libro prohibido . . . . .	182
Casa oscura . . . . .	186
Margarita, está linda la mar ... . . . .	189
Las lágrimas de la alcaldesa . . . . .	195
La dama de los patines . . . . .	202
La intrusa . . . . .	206
La noche de los muertos vivientes . . . . .	212
El loco del cepo . . . . .	217
El lenguaje del amor . . . . .	223
Sé lo que hiciste . . . . .	229
El asesino de la inocencia . . . . .	235
Todas las cosas que hicimos en la guerra . . . .	240
La Vecina Agnes . . . . .	244
La muerta . . . . .	249
La pistola . . . . .	254
El compromiso . . . . .	257
El encierro . . . . .	264
El buen escolar . . . . .	267
Alicia en el País de las Maravillas . . . . .	272
Oiga, querida . . . . .	278
El oso y la miel . . . . .	284
Cruz tengo . . . . .	294
Toque de nada . . . . .	297
Frankenstein . . . . .	302
La muerte roja . . . . .	306
Devocionario . . . . .	311
La radio . . . . .	317
Desobediencia . . . . .	322
Adiós a los locos . . . . .	325

Los cuadros de Daniel .....	337
Abriendo las ventanas .....	339
El viento .....	342
La mujer de cobre .....	344
El abrazo de la muerte .....	354
Alicia Frankenstein .....	360
La dama de sus sueños .....	363
La loca del torreón .....	366
Isabel .....	369
El misterio del Manderley .....	374
La directora .....	377



A San Pascual Baylón

MANDERLEY

Anoche soñé que volvía a Manderley...

## EL CORAZÓN HELADO

**M**ATAR DESPACIO, COMO MATAN LAS NUBES AL SOL. Así se deslizaba ella, una sombra y nada más, sobre el rostro de su víctima. Violar una vida. Cortar el árbol tierno, comerse la flor que jamás llegará a ser fruta. Ni siquiera tuvo que ir a buscarla, ni utilizar ningún truco para que la siguiera hasta el río. La encontró en mitad del bosque, como una oveja perdida en busca de su pastor. La reconoció por las ropas del internado. Probablemente se había escapado del colegio. La sangre que brotó cuando le arrancó el corazón se mezcló con los colores granates del uniforme. La pobre estaba tan sola y desvalida... Seguramente sus padres la habían dejado en el colegio aquel mismo día con alguna excusa. Menos mal que la había encontrado a ella, y aunque era cierto que jamás volvería a estar viva, ni a ver a sus padres, ni a patinar, ni a caerse de la bicicleta, ni a sentir calor, ni a crecer; tampoco era menos cierto que a partir de ahora jamás volvería a caminar sola. Se comió el corazón de la niña con calma. A medida que lo iba saboreando iba sintiendo todo el pánico que había latido en él, espe-

*cialmente cuando la atrapó entre sus brazos fríos, la levantó sobre el tronco de un árbol y se comió su boca para robarle el aliento de la vida. Antes de que pudiera perder el sentido, penetró su pequeño pecho y le extrajo el latido. Palpitaba como un pajarillo caliente. Todo había sido muy silencioso. Ni un grito, ni una lágrima, ni un esbozo. Después le colocó un corazón de hielo, tan puro y transparente como el cristal. Aquel no latiría jamás pero le serviría para caminar en el bosque junto a ella. No sabía cómo se llamaba aquella niña, pero en cuanto la vio incorporarse, activada por el resorte de su nuevo corazón helado, sintió el deseo de ponerle a todos los árboles su nombre.*

*La pequeña muerta iba con ella a todas partes, del río al arroyo, de las cuevas de los osos a los prados, de la montaña a las copas de los árboles. Juntas hacían collares de flores, jugaban al escondite entre los troncos, cantaban canciones para amansar a las hadas e incluso volaban... Era tan reconfortante tenerla, como si fuera su propia hija... Y sí, había tenido que matarla, pero ese era un detalle sin importancia. Sabía que le había infligido una agonía cruel, pero lejos de sentir compasión, respiraba placer cada vez que recordaba aquellos momentos y recreaba en su memoria las lágrimas mudas que habían brotado de sus ojos de niña rota mientras le robaba el alma. Se aferró a las garras. ¿Cómo explicar el infinito placer que sentía al tener entre sus manos aquellas mejillas tiernas y temblorosas, sobre las que pintar una mueca de espanto y dolor? ¿Cómo explicar que no había nada más delicioso que sentir cómo el ansia de vivir se ponía de rodillas ante ella y cedía, rendida, a los encantos de la muerte? Ver cómo la mirada de sus ojos se entregaba, tras la resis-*

*tencia inicial, el espanto y los estertores de agonía, a su inefable destino. Y después ver su cuello inclinarse, y los ojos cerrarse, en una reverencia de sumisión sin límites.*

*La muerte no estaba mal, pero su recién conquistada niña de hielo se sentía sola, y ella misma deseaba tener otras muchachitas que animaran la macabra corte. No había hecho más que empezar. Soñaba ya con los velos de una procesión de acólitas con las que atravesar los bosques. Sintió un cosquilleo en los tuétanos de sus entrañas podridas sólo con imaginar todas las presas que atraparía en sus redes, y el sabor metálico de la sangre se mezcló en sus fantasías con el calor palpitante de pequeños corazones recién arrancados. Un rayo de esperanza la invadió en mitad de la oscuridad, brillando a la luz de una sola palabra: venganza. Ahora entendía por qué no se había desvanecido entre la podredumbre de los gusanos. Había vuelto. La habían llamado desde las cavidades más profundas de la desesperación y vagaba envuelta en una capa de lujurias tenebrosas. Había pasado mucho tiempo dormida, pero ya no, porque la habían despertado con los relojes de la ira, para que no se le hiciera tarde. Ahora mismo no podía dormirse en los brazos del descanso eterno. Su sed crecía sin remedio. Miró a la niña, sentada a su lado. Tenía la mirada vacía, perdida en algún lugar. Estaba muerta. Aquello debía ser lo que llamaban un fantasma. La envolvió en un abrazo de niebla y le susurró al oído:*

*—Pronto vendrán otras a jugar contigo.*

*Después la colocó en un lecho de nieve, apropiado para su corazón helado, y la recostó, atusándole los cabellos como a una muñeca.*

*—Me tocas la luna —le dijo, cerrándole los ojos en un intento fracasado. Era imposible dormir en la muerte. No, la niña jamás podría cerrar los ojos. Permanecería todo el tiempo en una maraña de sueños.*

## SECRETOS Y SOMBRAS

**E**L INTERNADO PARA SEÑORITAS MANDERLEY GUARDABA un secreto atroz, aunque su verdadero nombre no era ese. En el letrero del enrejado podía leerse COLEGIO PARA SEÑORITAS ROSAS DEL CARES, escrito con letras altas y soberbias. Las leyes de Franco prohibían rótulos y nombres que no estuvieran en castellano. Su novela favorita era *Rebeca*, de Daphne du Maurier. *Anoche soñé que volvía a Manderley...* Así empezaba aquel libro que leyó durante su juventud. La protagonista se llamaba igual que ella. El capricho de Rebeca con aquel nombre fue tan grande que a pesar de que el colegio se llamaba a todos los efectos oficiales Rosas del Cares, todo el mundo lo llamaba Manderley. Y sin embargo, una no debería llamarse Rebeca, ni bautizar un colegio con el nombre de Manderley, ni tentar a los hombres lobo, ni provocar la ira de María Cuchillos, ni soñar con un amor para toda la vida.

Las paredes hedían a locura y funeral, aunque no siempre había sido así. Hubo un tiempo en el que las flo-

res de las celosías trepaban con alegría por las paredes y la lluvia inauguraba los días con el esplendor de la tierra mojada.

Sólo había una cosa cierta: Rebeca estaba muerta. Se cayó por un precipicio demasiado bajo para sus gustos altos, pero igual la mató.

Las campanas del internado sonaron. La sombra de las sombras dibujaba extraños símbolos entre los terciopelos de las cortinas de color zafiro dispuesta a demostrar que el reino de las tinieblas puede conquistar todo un imperio de luz hasta sumirlo en la más profunda oscuridad. La noche, alimaña invencible, estaba a punto de llegar, y con ella vendría la bestia, el monstruo bajo la cama, la pesadilla que crece y crece hasta volverse realidad y las sábanas empapadas de sudor. Las muchachas no estaban a salvo, pero no podían saberlo. La víctima perfecta sucumbiría con sus alas de inocencia. Había algo viviendo dentro del bulto ensotonado que perdonaba los pecados en un confesionario, en las sonrisas disfrazadas de buenas intenciones, en el armario oscuro donde encerraban a los niños que se portaban mal. Ese algo estaba en el internado para señoritas Manderley de Asturias, y todas las riquezas del miedo le pertenecían. ¿Cómo había pasado?